

Édgar Torres Arias

# Mercaderes de la muerte



intermedio editores

CIRCULO DE LECTORES



Nació en Santafé de Bogotá en 1963. Cursó estudios de ciencias de la comunicación social y periodismo en la Universidad de la Sabana y participó en el Programa de Graduados Latinoamericanos (PGLA) de la Universidad de Pamplona, en España. Ha sido catedrático en las facultades de periodismo de las universidades Central y Javeriana, y actualmente es editor de la Sección Judicial de *El Tiempo*.

A finales de 1993, en calidad de corresponsal del periódico español *El Mundo*, obtuvo el Premio Unicef a la Defensa de la Niñez por un reportaje sobre los menores marginados y los trabajadores de las minas. En 1994 fue galardonado por la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP, por la serie "Las entrañas del cartel de Medellín", el mejor trabajo de periodismo de investigación, publicado en julio de 1992 en *El Tiempo*. También en 1994, junto con otros dos periodistas, obtuvo el Premio Internacional de Periodismo Rey de España, merecido reconocimiento al esfuerzo, coraje y excelente desempeño profesional demostrado tras largos años de lucha en defensa de la verdad.

## FUENTES

### CAPÍTULO 1. NI EL PROCURADOR DEBE SALIR CON VIDA

- El Tiempo*. Incierta suerte de Andrés Pastrana. Enero 19 de 1988.  
*El Tiempo*. Pastrana pensó que era una broma. Enero 19 de 1988.  
Edición extra de *El Tiempo*. Asesinado el procurador; liberado Andrés Pastrana. Enero 25 de 1988.  
*El Tiempo*. Asesinado el procurador Hoyos Jiménez. Enero 26 de 1988.  
*El Tiempo*. Comunicado de la mafia. Enero 26 de 1988.  
*Revista Semana*. El reto de la mafia. Enero 26 de 1988.  
*El Tiempo*. Así fue la liberación de Pastrana. Enero 26 de 1988.  
*El Tiempo*. Así fue mi secuestro. Enero 28 de 1988.  
*El Tiempo*. Deshacerse del procurador Hoyos ordenó Pablo Escobar. Abril 28 de 1988.  
*El Tiempo*. \$80 millones costó la operación a Los Extraditables. Noviembre 30 de 1988.

### CAPÍTULO 2. "OSO 1 REPORTANDO A MAMÁ"

- El Tiempo*. Espectacular cacería a un avión robado en la base aérea de Catam. Marzo 3 de 1988.  
*El Tiempo*. Itinerario de un robo fantástico. Marzo 4 de 1988.  
*El Tiempo*. Comunicado firmado por Pablo Escobar Gaviria. Marzo 4 de 1988.  
*El Tiempo*. El miedo espera a las puertas de Nápoles. Marzo 5 de 1988.  
*El Espectador*. Inseguridad, complicidad e indolencia. Marzo 6 de 1988.

### CAPÍTULO 3. COCAÍNA MADE IN COLOMBIA

- El Tiempo*. El MAS desafía al M-19 para que libere joven. Febrero 7 de 1982.  
*Revista Semana*. Terrorismo a la carta. Mayo 12-18 de 1982.  
*El Tiempo*. Sólo quedaron los "lavaperros". Marzo 14 de 1984.  
*El Tiempo*. Un satélite descubrió a "Tranquilandia". Marzo 17 de 1984.  
*El Espectador*. Asesinado presidente del DIM. Febrero 19 de 1986.  
*El Tiempo*. Mercenarios tras Escobar. Agosto 15 de 1989.

### CAPÍTULO 4. LA GÉNESIS DEL CARTEL

- El Espectador*. Hallan asesinado a dueño de Joyerías Felipe. Febrero 28 de 1986.  
*El Tiempo*. Asesinado Pardo Leal. Octubre 12 de 1987.  
*El Tiempo*. "Lo felicito y lo espero pa' que celebremos". Diciembre 28 de 1987.  
*Revista Semana*. La Viuda Negra en Capilla. Noviembre 1 de 1994.

### CAPÍTULO 5. HAY QUE SECUESTRAR 50 GRINGOS

- La República*. Qué dice la nota verbal sobre el "narco" Pablo Escobar Gaviria. Septiembre 9 de 1984.  
*El Tiempo*. Atentado dinamitero contra Pablo Escobar. Enero 14 de 1988.

- Revista *Semana*. ¿Quién fue? Enero 19 de 1988.  
*El Tiempo*. Pugna entre la mafia: la versión de un informante. Febrero 21 de 1988.  
*El Tiempo*. Explosión de violencia en Urabá. Marzo 5 de 1988.  
*El Espectador*. Un Rambo en las masacres. Abril 10 de 1988.  
*El Tiempo*. Los ejércitos de la mafia. Julio 31 de 1988.  
*El Tiempo*. Una África antioqueña. Octubre 8 de 1989.  
*El Espectador*. De transportador a narco-político y jefe de sicarios. Abril 19 de 1990.

#### CAPÍTULO 6. FUGA DE "EL BIZCOCHO"

- El Tiempo*. La suerte de Pablo Escobar: de nuevo escapa de un cerco. Marzo 23 de 1988.  
*El Tiempo*. Allanan por segunda vez la finca "El Bizcocho". Marzo 30 de 1988.

#### CAPÍTULO 7. DESAPARECERÁN DE LA FAZ DE LA TIERRA

- El Tiempo*. Los gritos de terror fueron silenciados por las balas. Junio 24 de 1989.  
*El Tiempo*. Asesinado magistrado del caso Cano. Agosto 17 de 1989.  
*El Tiempo*. Un lujoso castillo, con "lujosos" visitantes. Agosto 26 de 1989.

#### CAPÍTULO 8. BOMBA EN UN AVIÓN EN VUELO

- El Tiempo*. La caída del cartel de la coca. Febrero 3 y 4 de 1985.  
*El Tiempo*. Todo duró apenas unos segundos. Julio 5 de 1989.  
*El Tiempo*. El día empezó con el crimen de un coronel. Agosto 19 de 1989.  
*El Tiempo*. Bomba contra el Cartagena Hilton: dos médicos muertos. Septiembre 26 de 1989.  
 Revista *Semana*. La bomba del diálogo. Octubre 10 de 1989.  
 Revista *Semana*. Diálogo: ¿qué ha pasado? Octubre 17 de 1989.  
*El Espectador*. Capitán, espere, estamos esperando a un pasajero que se atendió y no abordó. Diciembre 15 de 1989.  
 Informe de aviación del Departamento Administrativo de Aeronáutica Civil, División de Seguridad Aérea. Diciembre 28 de 1989.

#### CAPÍTULO 9. UN CHANTAJE DE LOS EXTRADITABLES

- El Tiempo*. Muertos Gilberto Molina y 17 personas más. Febrero 28 de 1989.  
*El Tiempo*. El Mexicano ordenó matar a Gilberto Molina. Junio 1 de 1989.  
*El Tiempo*. Los niños, otras víctimas inocentes del terrorismo. Diciembre 7 de 1989.  
*El Tiempo*. Una familia sepultada. Diciembre 7 de 1989.  
*El Espectador*. Otra narco-masacre. Diciembre 7 de 1989.  
*El Tiempo*. El Mexicano murió en su ley. Diciembre 16 de 1989.  
*El Tiempo*. La cacería final contra Rodríguez Gacha. Diciembre 17 de 1989.  
*El Tiempo*. Guerra de sicarios dentro de La Modelo. Enero 2 de 1990.  
*El Tiempo*. Extraditables asesinarían al hijo de Germán Montoya. Enero 7 de 1990.  
*El Tiempo*. Perdimos la guerra: Extraditables. Enero 18 de 1990.  
*El Tiempo*. Rescatadas de un furgón con candado. Enero 18 de 1990.  
*El Tiempo*. En libertad el hijo de Montoya. Enero 23 de 1990.  
*El Tiempo*. El Mexicano pidió ayuda a las Farc. Marzo 31 de 1990.  
*El Tiempo*. El "dossier" de El Mexicano. Abril 30 de 1990.

**CAPÍTULO 10. MERCADERES DE LA MUERTE**

- El Tiempo*. Relato de una "resucitada". Marzo 17 de 1990.  
*El Tiempo*. Incierta la suerte del senador Estrada. Abril 4 de 1990.  
*El Espectador*. Liberado Estrada Vélez. Abril 6 de 1990.  
*El Tiempo*. Barrio bogotano a punto de desaparecer. Abril 6 de 1990.  
*El Tiempo*. Bomba en Itagüí. Abril 12 de 1990.  
*El Tiempo*. Carros-bomba en centros comerciales. Mayo 13 de 1990.  
*El Tiempo*. Indignación por muerte de Estrada. Mayo 22 de 1990.  
*El Tiempo*. Carro-bomba en El Poblado: 97 heridos. Junio 15 de 1990.  
*El Tiempo*. Abatido jefe terrorista. Junio 15 de 1990.  
*El Tiempo*. Fue un triste adiós. Julio 18 de 1990.

**CAPÍTULO 11. APOCALIPSIS II**

- El Tiempo*. Cayó el estado mayor de Pablo Escobar G. Julio 11 de 1990.  
*El Tiempo*. Escobar busca rutas de escape. Julio 12 de 1990.  
*El Tiempo*. Escobar no nos ha burlado todavía, dice Cuerpo Élite. Julio 13 de 1990.

**CAPÍTULO 12. EL REINO DE LOS SECUESTROS**

- El Tiempo*. Muerto subjefe del cartel del Medellín. Agosto 12 de 1990.  
*El Tiempo*. Secuestrado ayer Francisco Santos. Septiembre 20 de 1990.  
*El Tiempo*. Secuestrada Maruja Pachón de Villamizar. Noviembre 8 de 1990.

**CAPÍTULO 13. ASESINEN A LOS REHENES**

- El Tiempo*. Frustrado atentado contra parlamentario galanista. Octubre 23 de 1986.  
*El Tiempo*. Atentado dinamitero contra Pablo Escobar. Enero 14 de 1988.  
*El Tiempo*. Las negociaciones con Los Extraditables. Comunicado de Guido Parra.  
 Marzo 31 de 1990.  
*El Tiempo*. Por decreto debe establecerse garantía de la no extradición. Parra. Diciembre  
 7 de 1990.  
*El Tiempo*. Hallan cadáver de Marina Montoya. Febrero 1 de 1991.  
*El Tiempo*. Medellín: 20 muertos por carro-bomba. Febrero 17 de 1991.  
*El Tiempo*. Hija de Belisario escapó a un secuestro. Marzo 25 de 1991.  
*El Tiempo*. Asesinado Low Murtra. Mayo 1 de 1991.  
*El Tiempo*. Así viví los 243 días de mi secuestro. Mayo 26 de 1991.

**CAPÍTULO 14. EXTERMINIO EN LAS ENTRAÑAS DEL CARTEL**

- El Tiempo*. Ilesa en atentado doña Bertha ayer en Bogotá. Junio 21 de 1987.  
*El Tiempo*. Escobar tras las rejas. Junio 20 de 1991.  
*El Mundo* (España). Se esfuma Escobar. Julio 26 de 1992.  
*El Tiempo*. Cita en el patíbulo. Julio 18 de 1993.  
*El Tiempo*. Todo esto es un golpe de Estado, un fujimorazo. Julio 19 de 1993.  
*El Tiempo*. Esos cadáveres valen US\$10 millones... Julio 20 de 1993.  
*El Tiempo*. Edición extra. Al fin cayó. Diciembre 2 de 1993.

## EXTERMINIO EN LAS ENTRAÑAS DEL CARTEL\*

### *La "caleta" de los Galeano*

Todo empezó en un asunto fortuito. Una naciente aventura amorosa puso al alcance de Alejandro, El Ñato, información a tal punto confidencial y privilegiada, que por cuenta de ella habría de correr la sangre a cántaros en las horas, los días, las semanas, los meses y hasta en los años siguientes.

Aun cuando desconocía el sitio exacto del entierro, El Ñato se enteró por medio de la chica, sobre la existencia de una enorme "caleta". Estaba en una casa del barrio occidental de San Pío y la custodiaban una adolescente y su progenitora, una mujer madura.

Los Galeano y los Moncada denominaban a esos entierros sus "cajones" y, entre ellos, socarronamente, alababan tal previsión: "Hay que sobrevivir y siempre hay que guardar una platica". Por lo demás, Fernando El Negro Galeano y Gerardo Kiko Moncada, coincidían en que si el tráfico de narcóticos se venía repentinamente al suelo, ellos podrían retirarse y legalizarse acudiendo a aquellas

---

\* **Julio de 1992-diciembre de 1993.** El 3 de julio de 1992 marcó para Pablo Escobar y para el cartel de Medellín el comienzo del fin. El robo de una "caleta" de 20 millones de dólares y el juicio sumario y asesinato, en La Catedral, de Gerardo Kiko Moncada y de Fernando El Negro Galeano, los zares ocultos de la cocaína, desató la más pavorosa *vendetta* dentro del cartel, puso a aterrorizados agentes de la mafia al alcance de la ley y representó la hecatombe de Pablo Escobar, el peor criminal de la última mitad del siglo.

fortunas enormes que mantenían ocultas y dispersas en varias propiedades en Medellín.

Aunque sin saber a ciencia cierta a quién pertenecía la "caleta", en cuanto tuvo certeza sobre su existencia, El Ñato comunicó su hallazgo a John Jairo Posada Valencia, Tití, quien reveló el asunto a Pablo Escobar Gaviria y obtuvo la autorización para actuar. En la noche del jueves 2 de julio de 1992, El Ñato, Tití, Leopoldo, Muelón y Freddy Misterio, irrumpieron armados hasta los dientes en la vivienda de San Pío y sorprendieron a la cuidandera y a su hija.

El Ñato no se equivocó, pero la magnitud de aquella guaca lo hizo estremecer. Eran 20 millones de dólares. Una suma exorbitante aun entre bandidos cercanos al jefe del cartel. Quizás por ello, ni él, ni Tití, ni Muelón, ni Freddy Misterio, dudaron en poner aquel botín a órdenes directas de Pablo Escobar, recluido en el presidio de La Catedral desde aquel 19 de julio de 1991, cuando la extradición había caído de una vez y para siempre.

El robo de la "caleta" estalló como una bomba dentro del cartel. Aquel jueves 2 de julio de 1992, enterado de lo ocurrido, Fernando El Negro Galeano se prometió a sí mismo que esta vez no habría de quedar uno solo de los ladrones con vida.

Un año antes, por intermediación de Pablo Escobar Gaviria, Fernando El Negro Galeano, Albeiro Areiza, El Campeón y Gerardo Kiko Moncada habían tenido que resignarse a que el hurto de 17 millones de dólares tuviese por único epílogo un doble homicidio: el de Jorge González, a manos de Mario Alberto Castaño Molina, Chopo, en una finca de Sabaneta y el de El Torerito, por cuenta de Popeye, en la 80, frente al restaurante Manhattan de Medellín.

El Negro, Kiko y El Campeón confiaron por algún tiempo en que la lección había sido suficientemente elocuente, pero en mayo de 1992 descubrieron que estaban equivocados. Varios bandidos hurtaron en la segunda semana 20 millones de dólares y, después de sus

averiguaciones, Fernando El Negro Galeano tuvo que ceder cuatro y avenirse a que sólo 16 le fueran devueltos. Esta vez, sin embargo, no estaba dispuesto a transar ni a perdonarle la vida absolutamente a nadie.

En cuanto supo del robo, de un salto abandonó la cama, telefoneó a su escolta de confianza, Luis Fernando Giraldo, Bocadillo, y se dirigió a su oficina, situada casi en la sede del Club Deportivo Independiente Medellín, el sexto consorcio más importante del fútbol rentado en el país. Desde allí, por beeper, envió un mensaje tras otro a Chopo. Después siguió el mismo procedimiento en busca de Juan Carlos Castaño, El Latino, cuñado de Chopo. No obtuvo, sin embargo, una respuesta de ellos. Al final sólo pudo entrar en contacto con Carlos Mario Alzate Urquijo, Arete. Le pidió que se reunieran de inmediato, pero apenas si insinuó el asunto del que se trataba. Luego lo citó en La Visitación.

### *Chapulín*

Nieto del ex presidente de la República Mariano Ospina Pérez y uno de los primogénitos en la dinastía que engendró su abuela, Bertha Hernández de Ospina, una voz conocida, vehemente y escuchada entre conservadores y liberales, Rodolfo Ospina Baraya, Chapulín, era quizá el antioqueño que con mayor alivio respiraba desde la presentación de Pablo Escobar Gaviria ante la justicia, aún a sabiendas de la farsa que se ocultaba tras aquella parafernalia de pronunciamientos, decretos, secuestros y tiras y aflojes mafia-Estado. En otros tiempos, Escobar lo había conminado a cooperar o al exterminio y si aún estaba vivo, pese a no haber aceptado actuar en algunas misiones pavorosas, lo debía a otros barones de la cocaína.

Al principio, Escobar había intentado hacerlo cómplice de algunos crímenes participándole lo que planeaba. Era lo que había ocurrido



en el caso del sucesor de Rodrigo Lara Bonilla, el entonces ministro de Justicia, Enrique Parejo González.

—El hombre está estorbando mucho. Está acosando mucho y yo veo la necesidad de eliminarlo —explicó Escobar a Chapulín durante una reunión de carácter social que, claro está, involucraba a más de una de las cabezas del creciente negocio de los narcóticos. Debido a una filtración, el primer intento de homicidio contra el ministro no llegó a consumarse porque el gobierno “extradió” a Parejo González hacia su embajada en Austria. Sin embargo, con el tiempo, el cartel dio orden de ejecutar el plan en el exterior. Informado de cuanto ocurría y aprovechando un viaje a Europa, Chapulín concertó una cita con Parejo en Hungría y le explicó lo que podría sobrevenir:

—Cuídate, Escobar va a volver a intentarlo. Lo sé porque he estado muy cerca de él. Lo he oído y sé del odio que tiene contigo. Dice que no le importa el precio, pero que te va a eliminar.

Al escuchar a Chapulín, instintivamente, el ex ministro y jefe de la misión diplomática de Colombia en Hungría no tuvo otra opción que cuestionar a su interlocutor. Deseaba saber qué había detrás de ello. Chapulín no titubeó en la respuesta:

—No comparto ninguna de las ideas de Escobar y yo creo que usted es de las pocas personas, hombre doctor González, en las cuales yo confiaría y de las cuales yo creería que me podría colaborar para presentarme gente importante que no sea de Colombia porque yo no podría confiar. Si usted me presenta alguna gente podríamos acabar a ese hombre... Aquel fue en realidad un acuerdo...

### *Seguridad en La Catedral*

De no ser por la concertina, la malla electrificada y la media docena de garitas y puestos de vigilancia, el presidio de La Catedral, en las afueras de Envigado, bien hubiese podido pasar por una enorme y vieja casa de campo, empinada sobre la montaña, dotada de gimnasio

particular, bordeada por chalés de lujo y diseñada con cancha de fútbol y con campamento para una guardia privada.

El escenario de la reclusión de Pablo Escobar Gaviria, Roberto Escobar Gaviria, John Jairo Velásquez Vásquez, Popeye; Valentín Taborda; Luis Carlos Aguilar Gallego, El Mugre, y Otoniel González Franco, Otto, entre otros, era en realidad, antes que producto de una estrategia oficial, una idea de la mafia.

En cuanto el presidente César Gaviria lanzó la política de sometimiento, en septiembre de 1990, Pablo Escobar Gaviria vio en aquel terreno un campamento inequívoco. Por el frente, sólo podía accederse a él mediante una vía destapada, y por detrás, a partir de una cañada comunicada con el bosque. Aunque algunas vías anexas cruzaban a la distancia, en línea paralela, era imposible acceder sin ser visto. De hecho, con un teleobjetivo superpotente, durante casi un año, Pablo Escobar y sus hombres habían podido divisar, cuando se lo proponían, hasta los buses y vehículos que transitaban sobre la vía principal del municipio de Envigado.

Con el tiempo, el predio apareció inscrito como propiedad del municipio de Envigado y lo demás surgió por cuenta de los abogados del cartel. Así, el 19 de junio de 1991, el capo apareció en Medellín de la mano del sacerdote eudista Rafael García-Herreros, ante una comitiva oficial que esperaba por él y que presidía el procurador General de la Nación, Carlos Gustavo Arrieta Padilla.

Oportunamente los interlocutores de Escobar hicieron saber al gobierno que las autoridades de Envigado estaban dispuestas a convertir el terreno de La Catedral en un presidio municipal. Ello, a pesar de que el objetivo inicial era construir allí un centro de rehabilitación para adictos a los narcóticos. Al final, la celada de la mafia cristalizó. El ministro de Justicia Jaime Giraldo Ángel, terminó por rentar el "presidio" a través de un contrato que hasta en el Congreso de la República habría de ser tachado más tarde como "leonino".

Se trataba de un instrumento jurídico de complejos alcances. Otorgaba al municipio el derecho de hacer parte activa en la selección de un sector de la guardia de custodia y prohibía el acceso de la fuerza pública al "presidio". Con fundamento en la primera cláusula, Pablo Escobar había hecho contratar a agentes del cartel bajo el camuflaje de vigías y amparado en la segunda se sentía inmune a eventuales allanamientos o registros por cuenta de la policía e inclusive del ejército.

Tras aquellas argucias, Pablo Escobar Gaviria y sus hombres habían terminado reclusos y excepcionalmente protegidos por el Estado en su propia finca. Ni en "El Bizcocho", su cuartel general durante la planeación de los secuestros de Andrés Pastrana y del procurador General de la Nación, Carlos Mauro Hoyos, el sistema de seguridad había sido más sofisticado, operante y discreto y todo ante los ojos del mundo.

Realmente era una unidad importante aquella asignada a la custodia del "presidio" de La Catedral. Un primer pelotón del ejército permanecía instalado en la margen izquierda de la vía que de El Salado conducía hacia la vereda La Catedral. Tenía la misión de montar a diario un retén móvil en la Y, sitio en el que la carretera se bifurcaba en dos trochas apenas carreteables. La primera llevaba directo a dos portones de acceso al "presidio" y la segunda a la vereda Arenales.

Un suboficial y seis soldados ejercían funciones de control diario, de seis de la mañana a seis de la tarde, con instrucciones teóricas para efectuar requisa de vehículos y de verificación inicial sobre las autorizaciones de acceso al penal. Las autorizaciones eran producto de un intrincado sistema de controles. Escobar y sus agentes tenían permitido hacer listas de visitantes potenciales. Estas eran enviadas a las centrales de inteligencia del Comando de las Fuerzas Militares y el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) y a la división antimafia de la Fiscalía General de la Nación.

Tras un cotejo que a los ojos del país se hacía ver como exhaustivo y a través del cual se pretendían evitar contactos del jefe del cartel con delincuentes en libertad, la Fiscalía expedía los permisos de ingreso que más tarde refrendaba el Comando de la IV Brigada de Institutos Militares. Dos técnicos en dactiloscopia del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), cuya función era evitar que visitantes no autorizados pudiesen colarse exhibiendo permisos obtenidos por otros, hacían las veces de tercer filtro.

Un segundo pelotón, dividido en tres escuadras, atendía otros puntos estratégicos. La primera, integrada por un oficial, un suboficial y nueve soldados, permanecía asignada al puesto de huellas, en realidad el puesto número 1, situado a escasos metros de la puerta de acceso principal al "presidio". Los soldados tenían órdenes estrictas de consignar en varios libros la identidad y el número de cédula de quienes ingresaban a La Catedral y estaban autorizados para someter inclusive a los miembros de la guardia a un obligado registro de huellas dactilares tanto en el instante de ingreso como en el de salida. La segunda escuadra del pelotón número dos permanecía las 24 horas asignada al puesto número 5 de control, localizado en la parte sur alta de la cárcel, al borde de la malla exterior. Su misión era evitar un eventual ataque aéreo y a ese efecto operaban desde el sitio elegido para montar una ametralladora punto 50. Era una tarea que cumplían un suboficial y nueve soldados. La última de las tres escuadras de ese segundo pelotón operaba en la parte alta boscosa detrás de la cárcel, con otra responsabilidad: evitar incursiones sorpresa por esa zona. Dos suboficiales y 18 soldados hacían, estratégicamente divididos, patrullajes permanentes en el perímetro.

### *El Campeón ha desaparecido*

Julio Correa, Orejas, recibió en su oficina la primera y única llamada. Eran las 6 de la tarde del tercer miércoles de febrero de 1992. Sergio

Alfonso Ramírez Ortiz, Pájaro, lo vio palidecer levemente y lo siguió con atención hasta cuando finalmente Orejas se decidió a hablar. Quien le telefoneó aseguraba que Albeiro Areiza, *El Campeón*, Camilo Rister y El Tuso, este último, escolta y conductor del quinto jinete de la mafia antioqueña, acababan de desaparecer. Lo único que sabían era que los tres habían descendido de un Twin Otter privado que a las 3:30 p.m. aterrizó en el aeropuerto Olaya Herrera.

Los agentes del cartel habían sido dispersados por toda la ciudad con la misión de ubicar a Areiza y a Camilo Rister. Quien había llamado a Orejas ordenaba que Pájaro, Enchufe y cuantos se encontraban en la oficina de Julio Correa hicieran lo propio.

En el atardecer del tercer miércoles de febrero de 1992, Enchufe y Pájaro entraron en contacto con Hernán Darío Henao, H.H., y los tres acudieron a dos agentes de la Sijín, en Medellín.

No hubo para la mafia un solo receso durante la noche ni en la mañana del día siguiente, tercer jueves de febrero de 1992, pero a las dos de la tarde la incertidumbre se disipó. Los detectives de la Sijín telefonearon a Enchufe y lo pusieron al corriente de cuanto sabían. A través de los radios oficiales acababan de saber que la policía había hallado los cadáveres de tres hombres, con los rasgos de los desaparecidos, en un despoblado en las afueras de Medellín.

Enchufe y Pájaro buscaron entonces a varias amigas de Albeiro Areiza, *El Campeón*. Éstas salieron hacia sitios diferentes: una, al anfiteatro de La Ceja; otra, a la morgue de Llano Grande y una tercera, a la sede del Instituto de Medicina Legal, en Rionegro. La segunda enviada reconoció los cuerpos. La muerte de *El Campeón*, Camilo Rister y El Tuso se confirmó el jueves, antes de caer la noche.

#### *Cacería de ladrones*

Guillermo Gerardo Sossa Navarro, Memobolis, le dijo a Arete que aún debía cumplir con varias de las tareas encomendadas por Chopo.

No obstante, el propio Memobolis se encargó de buscar a su remplazo. Fue así como Alex Arrieta, Boliqueso, terminó en la madrugada como un poste, sembrado en la inferior de El Poblado, en la esquina de La Visitación, centro comercial de comidas rápidas. Esperó 15 minutos hasta que finalmente apareció Rodrigo Arturo Acosta Villegas, Rigo, partícipe en el frustrado atentado al general del ejército, Harold Bedoya Pizarro. Sigifredo Gómez, Chichi, otro avezado sicario de profesión, acompañaba a Rigo. Luego vio a Arete y a Fernando El Negro Galeano.

Abordaron dos vehículos, y después de franquear la transversal de El Poblado, se detuvieron frente a la sede del Club Deportivo Independiente Medellín. Fernando El Negro Galeano descendió de un Mazda Asahi y lo propio hizo Bocadillo. Mientras entraban a una oficina, casi en la sede del club, sus cuerpos proyectaron sombras dispares y excepcionalmente opuestas, reflejo de su realidad. Fernando El Negro Galeano, la de un hombre delgado, relativamente bajo, y Bocadillo, su escolta, la de un Rambo, alto y corpulento.

Chichi, Boliqueso y Rigo siguieron a Arete hasta el despacho de Fernando El Negro Galeano, quien había tomado su puesto tras el escritorio, a la espera de Arete. Bocadillo guió a Chichi, a Boliqueso y a Rigo hacia un cuarto contiguo, dotado de una mesa de juntas.

—Alguien ha robado 20 millones de dólares y hay que organizar la búsqueda —explicó Fernando El Negro Galeano a Arete.

—El dinero estaba en una caleta en San Pío y se lo robaron varios hombres armados. He hecho traer a las “caleteras” porque ellas pueden identificar a los que se llevaron la plata y saben que tienen que colaborar —añadió El Negro Galeano.

Arete se levantó de su sillón, salió un instante, hizo una señal a Boliqueso, que tenía la corpulencia de Bocadillo, y pronto consiguió una reunión en el pasillo.

—Se robaron una “caleta” de El Negro y hay que organizar la búsqueda. Vamos a estar aquí para lo que se ofrezca...

Arete no alcanzó a explicar el asunto a Rigo, a Boliqueso y a Chichi cuando vio aparecer a dos escoltas de Fernando El Negro Galeano. Traían consigo a un prisionero. Era hermano de un agente al que le decían Valmer y, según creían los “trabajadores” de El Negro, eran de los que habían participado en el asunto. El adolescente estaba aterrorizado. Sin embargo, después de varias horas de interrogatorio las cosas terminaron bien para él. Las mujeres no lo identificaron como uno de los que tomó parte en el robo y, en cambio, él demostró que no sabía de la “caleta” ni estuvo jamás cerca de San Pío.

Después, el propio Fernando El Negro Galeano dio la orden de soltarlo, aclarando, eso sí, que no podría hacer mención del asunto.

El viernes 3 de julio transcurrió entre las conversaciones de Fernando El Negro Galeano y Arete; el repicar de los teléfonos, el ingreso de agentes y escoltas a la caza de información y muchos sandwiches, refrescos, tintos y cervezas heladas.

Sin embargo, a media tarde todo cambió dramáticamente. Boliqueso, Chichi, Rigo y Bocadillo veían un partido de fútbol en la televisión local cuando Fernando El Negro Galeano les notificó que sus agentes tenían ya la fotografía de por lo menos uno de los principales responsables del robo. La adolescente lo reconoció en seguida y su madre asintió ante El Negro cuando le enseñó la fotografía.

—Este es uno de los que fue allá por la plata —coincidieron casi al unísono ambas mujeres.

Fernando El Negro Galeano tomó la fotografía, la examinó con cuidado y luego se la mostró a Arete. El servicio de inteligencia de Galeano había resuelto el asunto en escasas 24 horas, pero la faena en la que él y sus hombres habrían de perder la vida apenas empezaba.

Arete palideció en cuanto observó la fotografía. Pronto Boliqueso, Chichi y Rigo comprendieron la razón.

—Hay que subir a hablar con Pablo —sentenció resueltamente El Negro Galeano. Luego señaló con el dedo la fotografía aún en poder de Arete y prosiguió:

—Aquí se dice que a este hombre le dicen El Ñato y que es un “trabajador” de Tití.

Arete asintió, tomó el teléfono y marcó sin dejar de observar un instante los movimientos de El Negro Galeano. Otro auricular se descolgó al momento en Envigado y Arete reconoció de inmediato la voz ronca de su interlocutor.

A sus escasos 24 años Luisca era un agente activo en la organización de Chopo, su cuñado. Desde cuando Pablo Escobar, Roberto Escobar, Popeye, El Mugre y otros estaban recluidos en La Catedral, este hombre blanco y de 1.78 de estatura era el enlace entre el penal y el mundo exterior. Ejercía esa función desde una casalote, situada en El Rosellón, en la vía que de Envigado conducía primero hasta el estadero La Montaña y de ahí hasta La Catedral.

—El Negro necesita subir urgentemente a entrevistarse con El Señor y yo voy a ir con él —explicó Arete.

—Entiendo —asintió Luisca y colgó. Asimiló las palabras de Arete como una orden y se dispuso a prepararlo todo para que el ascenso estuviese listo.

Arete y El Negro Galeano salieron entonces de la oficina, y abordaron el Mazda Asahi. Sólo Walter Estrada, El Capi, viajó con ellos. Capitán retirado de la policía, era desde hacía años el jefe de seguridad de Fernando El Negro Galeano. Bocado guió otro automóvil y cubrió un itinerario rápido. Dejó a Rigo y a Boliqueso en La Visitación y se dirigió hasta el parque de Envigado, unos kilómetros más allá del sitio en donde había hecho su primera parada para que descendiera Chichi. Cumplían así con las instrucciones que el primero había recibido de Fernando El Negro Galeano y los otros tres, de Arete.

No lo sabían, pero ese viernes 3 de julio de 1992, Fernando El Negro Galeano había concertado una cita en el patíbulo.



*Contacto secreto*

Chapulín dedicó varias horas e inclusive días a las agencias estadounidenses antidrogas tras su entrevista con Enrique Parejo González, en Budapest. En efecto, conforme a lo acordado, el ex ministro le presentó a varios funcionarios de la administración del presidente Ronald Reagan.

La información inicial les interesó y colmó de planes a encubiertos de la Drugs Enforcement Administration (DEA). Chapulín poseía información en extremo valiosa: ubicación de propiedades, sedes reales de "la oficina", refugios y casi el sitio exacto en el que Pablo Escobar pasaba una noche y otra.

Chapulín casi había obtenido la certeza de una operación encubierta, cuando los planes de los agentes estadounidenses y sus propias proyecciones se vinieron al suelo. Un intento de atrapar a Pablo Escobar, utilizando efectivos militares o policiales colombianos, con base en la información suministrada por Chapulín, podría fracasar y comprometer severamente a los gobiernos de Estados Unidos y Colombia. La DEA argumentaba que eran excesivamente altos los niveles de infiltración del cartel.

Fue lo que explicaron a Chapulín los agentes de la DEA. Paradójicamente, lo que sí se cumplió fue la advertencia de Chapulín. El 13 de enero de 1987, Parejo abandonaba la sede de su residencia oficial, en realidad la vivienda asignada al embajador de Colombia en Budapest, cuando un sicario disparó en cinco ocasiones, con un arma hechiza, contra el sucesor de Lara Bonilla...

*Puestos de control 4, 5 y 6*

Un tercer pelotón del ejército custodiaba La Catedral desde el sector de Carpas, aledaño a la entrada de la cárcel y cumplía la misión quizá de mayor relevancia. Eran 36 soldados divididos en tres turnos de 12

cada uno y cuatro garitas de vigilancia. Los relevos se realizaban cada tres horas. Les correspondían los puestos 2, 3, 4 y 6. En el puesto número 2 un soldado mantenía control visual sobre el área de Guyana en el interior del penal; otro más tenía la tarea de vigilar el exterior, y un tercero permanecía protegido en la garita con vista sobre otros puestos y sobre sus compañeros.

Una tarea equivalente se cumplía en el puesto número 3 de vigilancia, instalado a prudente distancia del puesto número 2. Ambas garitas estaban situadas entre el área de Guyana, una reja energizada en construcción y la cerca exterior. Los soldados instalados allí constituían una retaguardia perfecta en caso de un ataque desde la carretera de acceso a la cárcel.

El puesto número 4 cumplía la mismas funciones, pero había sido provisto de una ametralladora M-60. Los soldados podían controlar desde su garita una cañada que daba acceso a la parte alta posterior del penal y que, salvo por la carretera, constituía la única posibilidad de un ataque terrestre sorpresa.

El puesto intermedio entre el 4 y el 6, el 5, había sido dotado de una ametralladora punto 50 y de armamento adicional destinado a evitar las incursiones aéreas. No era una garita sino una especie de barricada antiaérea a cargo de un oficial. Finalmente contaba el puesto número 6 de control. El último bastión de protección. Por su excelente ubicación en la parte más alta de La Catedral constituía un puesto de alarma temprana. Como el puesto número 5 de control, el 6 estaba dotado de armamento antiaéreo.

Había además dos turnos de personal disponible. Uno, seccionado en dos grupos, se movilizaba en patrullajes hacia la vía de aproximación a La Catedral. El otro permanecía alerta para apoyar el cordón antiaéreo.

Las comunicaciones eran posibles gracias a tres radios de alta potencia y a varios radios Hayton punto a punto. Una red de citófonos completaba la infraestructura logística. Los citófonos comunicaban algunos de los puestos del ejército con la dirección de la

cárcel, la casa fiscal de la dirección, el campamento de la guardia y el centro de información de la cárcel.

A pesar de aquella infraestructura militar, desde el primer trimestre de 1992, abundaban los rumores que daban cuenta de la paulatina conversión de La Catedral en un nuevo centro de operaciones criminales del cartel y proliferaban las versiones sobre eventuales salidas de Escobar del penal. Muchos decían haber visto al máximo capo, en persona, en discotecas e inclusive en supermercados. Sin embargo, el gobierno atribuía aquello a la fantasía popular, y la policía, que por decisión oficial no formaba parte de los cuerpos de custodia de La Catedral, había fracasado en sus esfuerzos por vigilar a Escobar y a sus hombres.

Los intentos de la Dirección Nacional de Investigación y Policía Judicial (Dijín) por infiltrarse y vigilar La Catedral habían derivado en el asesinato de dos detectives. Los noticieros de televisión y los diarios sólo se ocupaban de los eventuales sobrevuelos de aparatos extraños sobre el penal y el alto gobierno concentraba su atención en la urgencia de sistemas de control antiaéreo, tras los informes de inteligencia que daban cuenta del hurto de tres bombas Papaya al ejército salvadoreño y aseguraban que estas habían ingresado ilícitamente a Colombia. Según se decía, con destino al cartel de Cali.

La verdad era que mientras la opinión especulaba sobre un eventual ataque aéreo con las tres bombas Papaya y el gobierno reforzaba los sistemas de vigilancia para evitar un ataque contra la cárcel, Pablo Escobar y sus hombres transformaban La Catedral en un magnífico e impresionante cuartel de operaciones. El cartel había construido varios chalés en la parte posterior del penal e indirectamente había contratado la construcción de varios refugios antiaéreos, pero esas obras, con sus jacuzzis y sus lujos, eran lo de menos frente a la multinacional del crimen que operaba desde allí, en las narices del gobierno, del ejército y de la Procuraduría General de la Nación.

*Una carta sentencia*

No habían transcurrido más de ocho días desde el hallazgo de los cadáveres de Albeiro Areiza, El Campeón, Camilo Rister y El Tuso cuando Albeiro Costales recibió desde La Catedral la orden de actuar. A pesar de sus escasos 1.65 metros de estatura y su evidente obesidad, Albeiro Costales o El Gordo, era un piloto avezado de motocicletas de alto cilindraje y un triste ejemplo de versatilidad para los pistoleros que reclutaba entre adolescentes de la comuna nororiental de Medellín y que él directamente instruía en escuelas a las que las autoridades denominaban “los parches”.

Servía directamente a Víctor Giovanni Granada Lopera, El Zarco, quien le hizo entrega de un mensaje de puño y letra de Pablo Escobar Gaviria. Costales lo abrió delante de Pájaro y pronto ambos verificaron que el asunto tenía expresa relación con la muerte de El Campeón. La carta contenía la dirección de una residencia en la que presuntamente vivía un agente de la Policía Nacional involucrado en el homicidio de El Campeón.

Pablo Escobar ordenaba que Costales ubicara la residencia y “alzara” al uniformado. Debía trasladarlo hasta una “caleta” en la vía a Las Palmas y obligarlo a “cantar”.

La dirección consignada correspondía a una vivienda de dos plantas, situada cerca a una Estación de Bomberos, entre los sectores de Las Palmas y La Milagrosa de Medellín.

Costales y Pájaro vigilaron la puerta de entrada a la residencia desde un automóvil Renault 9. Después de una hora en el lugar y cuando ya anochecía vieron aparecer a su víctima. No vestía el uniforme de la policía pero lo reconocieron por la escueta descripción que contenía la carta. Era un hombre de 1.70 de estatura, moreno, delgado y de labios gruesos. No parecía tener más de 30 años de edad.

Costales esperó a que el agente entrara en la residencia, encendió el vehículo y abandonó el sector. Luego buscó a Juaco, un mono

grueso oriundo del barrio Santa Mónica; a Iván, un pistolero del barrio Campo Valdés que medía 1.68 de estatura y estaba casi calvo a pesar de sus escasos 25 años; al tocayo Albeiro, un hombre corpulento del municipio de Envigado y a Boliqueso. Los citó para el día siguiente en el edificio Monterrey y les entregó un vehículo Renault 21 negro, pistolas y subametralladoras.

—Lo que hay que hacer es “alzar” un tipo esta noche. Vamos a ver si le sacamos una información —les explicó Costales y luego les suministró otros detalles: la dirección de la residencia del agente, el remoquete del bandido que iba a servir de “cantonero” y el sitio en el que debían encontrarse.

### *El Rey de los Bandidos*

El hombre que se autoproclamaba Rey de los Bandidos desde que la policía había ubicado y dado muerte a Gonzalo Rodríguez Gacha, El Mexicano, en diciembre de 1989, era en realidad un adicto a los narcóticos y a la sangre. Consumía fuertes dosis de cocaína cuando bebía y, durante años, no había dejado pasar más de tres meses sin acreditar un episodio con una víctima mortal. Hablaba de cada homicidio como si se tratase de una presea y solía hacer morbosas descripciones de los últimos gestos de los condenados.

Mario Alberto Castaño Molina, Chopo, tenía más de 35 años para julio de 1992. Medía 1.55 de estatura, tenía una barriga notoria y gustaba dejarse crecer la barba desde los pómulos. Ocultaba su calvicie con pelucas de abundante pelo negro rizado y hacía años que exhibía en el brazo izquierdo un águila tatuada en colores. En otros tiempos, su sevicia le había granjeado el remoquete de Campo Elías, nombre de un colombiano ex combatiente de Vietnam, que en la noche del miércoles 5 de diciembre de 1986, después de asesinar a su progenitora en un edificio de apartamentos en Bogotá, irrumpió

en Pozzetto, un restaurante de comida italiana, y asesinó a sangre fría a veinticinco comensales.

Chopo servía a Pablo Escobar Gaviria desde las épocas doradas de la exuberante Nápoles y, aunque había hecho fortuna al lado del jefe del cartel, siempre había deseado más. De hecho, a nombre de esa ambición, había sido el primero en concebir la sangría que estaba por sobrevenir. Un día de enero de 1992, en el estadero Los Cristales, mientras acariciaba el anillo de oro con incrustaciones de diamante que llevaba en el anular de la mano izquierda, sugirió lacónicamente el exterminio de los Galeano y los Moncada.

—Los Galeano no están cooperando con El Señor. Tampoco Los Moncada —explicó esa noche Chopo, a Tití y a Muelón, mientras se servía otro trago.

—Pablo casi que no puede ni con los gastos de La Catedral, nosotros estamos aguantando hambre y estos hijueputas están acumulando una fortuna.

Desde entonces, la idea martillaba entre sicarios del cartel, pero ni Chopo ni otros esperaban un desenlace como el que se precipitó ese viernes 3 de julio de 1992 por cuenta del asalto a la “caleta” de Fernando El Negro Galeano, en una residencia del barrio de San Pío. Chopo y El Latino, su cuñado, acababan de retornar de Centroamérica y apenas si habían tenido tiempo de deshacer la maleta.

### *Los atentados*

A pesar de las dificultades de pronunciación, propias de los resortes con que los médicos tuvieron que atar una mandíbula a la otra para devolver movilidad a la quijada, destrozada por uno de los proyectiles que hicieron blanco en su humanidad el día del atentado, cuando salía de su residencia en Budapest, el discurso del embajador Enrique Parejo González ante la Asamblea de las Naciones Unidas, en 1988, persuadió aún más al mundo civilizado sobre la amenaza de la

mafia y detonó la Convención de Viena contra el Uso y el Abuso de Drogas. Países de los cinco continentes se unían en busca de instrumentos para develar los innumerables tentáculos de la mafia.

De hecho, en el caso de Colombia, salvo por los barones de la cocaína y, claro está, por el ex ministro, a quien fortuitamente el destino libró de las garras de la muerte, eran pocos los que como Chapulín conocían el origen real del atentado. Él mismo había experimentado los extremos a los que podía llegar la mafia, aun respecto de sus socios en el tráfico de drogas.

Los Ospina almorzaban esa tarde del 20 de junio de 1987 en las afueras de Bogotá, en el restaurante Aero Burguer. Era una adquisición de Fernando Ospina Hernández en inmediaciones del aeropuerto de Guaymaral, por más de una razón, más que un aeropuerto, un muelle de decolaje y aterrizaje y, como era de esperarse, escenario de diversas escuelas de pilotaje y de la operación de disímiles consorcios privados. Los había reunido un hecho lúgubre: el deceso en Estados Unidos de Gonzalo Ospina Hernández, víctima de un *temprano pero fulminante paro cardíaco*.

Eran casi las 3:30 de ese sábado, cuando varios agentes del cartel irrumpieron en el restaurante y accionaron sus ametralladoras. Doña Bertha Hernández de Ospina no había tenido otra opción que ocultarse debajo de una mesa. A pesar de sus años, pasaba de los sesenta, mantenía una vitalidad sorprendente.

—Cumplan sus tratos —gritaban furibundos los pistoleros mientras disparaban.

Una bala alcanzó a Fernando Ospina Hernández en el muslo derecho y cinco hicieron blanco en Rodolfo Ospina Baraya, Chapulín. Cuando los pistoleros desaparecieron, doña Bertha se incorporó. Era un general en un campo de guerra. Fernando Ospina Hernández terminó recluido en la Clínica Santa Fe, y Rodolfo Ospina, en una residencia en el municipio de Chía, anexo a Bogotá pero, en todo caso, lo suficientemente apartada del escenario del atentado. Doña

Bertha no aceptó nada distinto a que los médicos atendiesen directamente allí a su nieto...

### *Ruta a La Catedral*

La red que permitía al cartel ejercer el absoluto control sobre La Catedral empezaba en un parqueadero de Envigado, a escasos kilómetros de El Rosellón. Era una especie de casona y finca a la vez, cuya custodia estaba asignada a un hombre barrigón, próximo a los 40 años, al que le decían Rigor. El lugar era corriente, de fachada roja y estaba situado en la vía a La Catedral, a unos metros de la Casa Comunitaria, centro de reunión de los pobladores pobres de Envigado.

Cuando así lo requería Pablo Escobar, desde la casalote cerca de El Rosellón partían los visitantes clandestinos de La Catedral. Previamente, claro está, Rigor reseñaba en una lista los nombres de los potenciales visitantes y verificaba su documentación. Después revelaba por radio el listado a Luisca y, una vez obtenida la autorización, asumía las requisas y disponía el transporte de los favorecidos.

Era una operación controlada al extremo. Milimétrica. La Catedral tenía aviso inmediato desde el momento en que partían los jeeps de la casa-parqueadero y El Rosellón. Diez minutos después se producía una nueva alerta sobre el paso de los camperos. El hombre a cargo de esa segunda voz era un paisa inválido y viejo que Escobar había hecho instalar en una rústica vivienda de color café, ubicada a escasos diez metros del sitio donde se iniciaba la carretera destapada rumbo a La Catedral.

Desde ese segundo punto de control del cartel, había diez kilómetros hasta el estadero La Montaña, un establecimiento de fachada que era el único en la vía. Constituía la última e inexorable escala que debían hacer quienes accedían ilegalmente al presidio. Era la base de Luisca. Aunque en La Catedral se utilizaban detectores de



metal, micrófonos y micrograbadores, Luisca inspeccionaba a los visitantes, apoyado por un hombre al que apodaban El Bacán.

No era su única tarea. Cada día, Luisca y El Bacán, mediante potentes binóculos divisaban durante horas cualquier movimiento en el Valle del Aburrá.

Desde la cocina del estadero La Montaña, a través de un citófono conectado a una caja de pares aislados, con ramificaciones a puestos de control del ejército, a garitas de la guardia penitenciaria y al chalet construido por Escobar en La Catedral, Luisca y El Bacán podían informar con anticipación sobre cualquier movimiento sospechoso.

La red que conectaba el citófono del estadero con los de la cárcel constaba de dos tramos: uno oculto bajo tierra y protegido por cientos de metros de tubo PVC y otro aéreo. Eran 4.500 metros de cable que sólo con el tiempo las autoridades habrían de descubrir.

Una caseta de latón, roja y blanca, camuflada como expendio de gaseosas y confites, en la vía a la cárcel y administrada por La Yaya, contacto de los reos de La Catedral, completaba el círculo externo de vigilancia. Dentro del penal, tres-fax, cuatro computadores, seis teléfonos celulares y una compleja red de beepers servían al mismo propósito: la febril e ineluctable actividad de la nueva "oficina" del cartel.

### *"Entren por él"*

Costales vio cruzar el Renault 21 negro con Iván, Juaco, Albeiro y Boliqueso y en su propio vehículo, acompañado de Pájaro, siguió el Renault a prudente distancia. Observó cuando el automóvil se detuvo poco antes de la Estación de Bomberos, en una vía de ascenso hacia La Milagrosa, pero prosiguió para verificar que el "cantonero" estuviese en su posición: un granero frente a la estación. Dio varias

vueltas por la zona atento a su propio handy hasta que escuchó la señal.

El agente de la policía —al igual que había ocurrido el día anterior, cuando ellos identificaron la casa y empezaron a vigilarla— entró en su residencia hacia las siete de la noche. Iván, Juaco, Albeiro y Boliqueso forzaron la puerta de la vivienda y sacaron de ella al funcionario. Por radio, Pájaro les dio la instrucción siguiente:

—Mirá, nos encontramos en la entrada de la discoteca Kevins. Ahí los vamos a esperar. Apenas nos vean, nos siguen...

Los vehículos se detuvieron 45 minutos después en una “caleta” sobre Las Palmas, a ocho kilómetros de la vía de San Diego hacia el Aeropuerto Internacional de Rionegro. El Zarco y Arete se aparecieron en la “caleta” unos minutos después que Iván, Juaco, Albeiro y Boliqueso introdujeron al policía en la casa. El agente —era cuanto sabían El Zarco y Arete— estaba adscrito a la unidad apostada por el Comando de la Policía Metropolitana de Medellín en el Aeropuerto Olaya Herrera y, según las indagaciones que el cartel había hecho tras la muerte de Camilo Rister y El Campeón, el uniformado había desaparecido durante 30 minutos el día del secuestro.

El Zarco interrogó a su rehén primero sobre aquella historia y después obtuvo la información que realmente le interesaba. El día del secuestro de El Campeón y Camilo Rister —aseveró el policía— varios civiles se habían presentado en el aeropuerto y habían obligado a algunos policías a entregar sus uniformes de dotación. Más tarde los extraños simplemente habían desaparecido. El interrogatorio se prolongó durante varias horas, pero en cuanto El Zarco y Arete salieron de la “caleta” con una libreta repleta de notas, Costales ordenó a Juaco y a Iván que asesinaran al agente de policía. La policía halló el cadáver dentro de un vehículo abandonado en la carretera a Las Palmas. Era el Renault 21 negro.

***Mercaderes de la muerte*** descubre la escalofriante y colosal estructura de la mafia. Los testimonios de Arete, Popeye, Pájaro y más de veinte narcotraficantes que sobrevivieron a una pavorosa *vendetta* interna, junto con confesiones de policías, testigos y víctimas, permiten reconstruir las dos últimas décadas de historia del cartel de Medellín.

La obra hace un recuento de los ritos satánicos y el sacrificio de animales y niños previos a los embarques de cocaína; del transporte de narcóticos; de los terroristas que entregaron a sus amantes cuando el cartel los sentenció a muerte; de la mujer que desató la guerra entre carteles; del temor que se apoderó del Ejército cuando Pablo Escobar estuvo en La Catedral; de los policías que persiguieron sin descanso a la mafia, y de los que sirvieron a ella y contribuyeron, entre otros delitos, con el secuestro del senador Federico Estrada Vélez; de los juicios sumarios contra decenas de inocentes, como el procurador Carlos Mauro Hoyos.

También relata el "encargo" más barato y siniestro en la historia de la mafia: un millón de pesos por conseguir el estopín, la dinamita, el cable y el interruptor del maletín-bomba con el que la mafia voló, en 1989, un avión en vuelo con 107 personas a bordo.

***Mercaderes de la muerte*** es todo esto y mucho más: el expediente inédito de una historia de la que aún falta mucho por revelar.

ISBN 958-28-0783-0



9 789582 807832